

desdichado, valeroso, heroico y hechizado *ban* de Croacia se abrió mucho más y dejó escapar un grito que expresaba muchas cosas, desde el terror hasta la alegría y que casi era la locura.

— Buenos días, Reginaldo. ¿Qué de nuevo os sucede, mi buen amigo?

Reginaldo contempló á la mujer que así le hablaba, luego volvió la cabeza y pudo ver á la Princesa Regina que montaba en su carruaje. Entonces exhaló un suspiro y exclamó :

— Si esto se prolonga un poco más, me voy á convertir en un idiota!

IV

SIRVIENDO EN LA CORTE

Quince días después de los acontecimientos relatados en los anteriores capítulos y ocho días después de pasados los funerales del Archiduque Adolfo, despidióse Reginaldo de Myrrha y fué con sus maletas para la Hofburg, donde iba á comenzar sus lecciones.

El asunto arregláronlo la princesa Regina, el emperador, Brixen, Riva y la emperatriz Giselda, admirable poliglota, que deseaba desde hacia mucho tiempo aprender la lengua gitana, quizás la única que no conocía.

Extrañeza podría causar que en circunstancias tan difíciles para el Estado pudieran interesarse el primer Ministro y el gran maestro de la policía en la llegada á la corte de un pobre caballerizo que oficiaba al mismo tiempo de profesor; pero es preciso no olvidar que Brixen tenía pruebas inequívocas de la turbulencia revolucionaria del joven y no le disgustaba verlo capitular y servir en una corte que tanto había fastidiado con sus audaces empresas.

De ese día en adelante tendría el ministro entre sus

manos « ese elemento de desórdenes » y quizás se enteraría por su conducto de muchas cosas interesantes.

Las mismas razones habían impulsado á Riva á aconsejar al emperador que instalase á Reginaldo en la Hofburg lo más pronto posible. Mas su verdadero pensamiento era mucho más terrible que el de Brixen, pues no abarcaba solamente la política.

Más tarde veremos cuán grave fué para Reginaldo y Myrrha haber dado hospitalidad á Juanillo, que desapareció tan misteriosamente.

Juanillo, al regresar de Mayerling, fué seguido por Franz Holtzchener... honrado jesuita que servía particularmente á Su Majestad y honrado policía que prestaba servicios bajo el nombre de Mathis al Señor de Riva, sin que éste supiese que pertenecía á la Compañía de Jesús.

Desde luego es preciso decir que Franz Holtzchener-Mathis descubrió el domicilio de Reginaldo y Myrrha, que en vano buscaban desde hacía días los agentes de Brixen y de Riva, por haber seguido á Juanillo que iba en busca del enano paralelepípedo de cinco patas; y la razón que impulsó á Franz Holtzchener á seguir al largo y desmirriado joven no podía ser más grave: *ese langaruto joven conocía perfectamente el orden en que habían muerto y debían morir los miembros de la familia imperial!...*

Fácilmente comprenderás, lector, que un espíritu policiaco siempre en acecho podía sacar muchas conclusiones de semejante coincidencia.

Juanillo comprometió terriblemente, sin saberlo, al amo de su amigo Magno.

Riva, persuadido de que Reginaldo y Myrrha eran « elementos » en la organización formidable de la

abominable venganza del archiduque ausente, alegróse sobremanera de la entrada de Reginaldo al palacio, pues por él habrían de sorprenderse las complicidades que obraban en la Hofburg.

Quizás por su conducto llegarían á apoderarse de Jacobo Ork, como lo exigía el emperador á grito herido cada vez que se hallaba á solas con su gran maestro de policía. Aquella noche, al tener conocimiento de que los delegados federales habían sido puestos en libertad por orden de Brixen y encaminados á sus respectivos Estados, presentó su renuncia, pero el emperador le contestó :

— Entregadme primero á Jacobo Ork y os entrego la renuncia de Brixen. Jacobo Ork está vivo!... Entregádmelo vivo y os juro sobre la cabeza de mi hija que os nombro primer ministro!...

— ¿ Y si os lo entrego muerto?... preguntó Riva después de titubear un momento.

El emperador apartó la mirada y murmuró :

— Vivo ó muerto... pero obrad con prontitud, Riva, si deseáis que quede algún Wolfsburg para llorar á vuestro viejo amo!

Aquella misma noche de los funerales contóle Franz Holtzchener-Mathis á Riva la historia de Juanillo y la manera como lo sorprendió cuando se dirigía hacia la casa de Reginaldo. Bien podéis imaginar cuán atentamente vigilaría cada uno de los pasos del profesor gitano por los corredores de la Hofburg.

En cuanto á Juanillo, Franz Holtzchener pretendía que se le había escapado en momentos en que lo creía prisionero. Mas es lo cierto que Franz Holtzchener mentía y pronto veremos en qué estado se hallaba el pobre ex-aprendiz relojero.

Reginaldo, ignorante de los acontecimientos más

importantes, contentábase sencillamente con obedecer á « la colchonerita ».

Stella hablale ordenado : « Es preciso que vayas á la Hofburg! »

Y él obedecía, lamentando tan sólo una cosa. Temía al ver de nuevo á Regina, que lo agitaran otra vez las singulares agonías experimentadas cada vez que el amante de la rubia Reina del Aquelarre se hallaba en presencia de la morena princesa de Carintia. Y sin embargo la casualidad... pues no podía llamársele de otra manera... hablale colocado á un tiempo mismo entre esas dos bellas personas que tan extraordinariamente se parecían para quitarle toda duda é inquietud.

Además sucedió que Stella, durante el tiempo que duró la cita en casa de Paumgartner, devolvióle la paz del corazón y del espíritu con alegres bromas, serias reflexiones y razonamientos contundentes en que le probaba que era inadmisibile que una princesa de Carintia tuviese nada que ver con una empresa de redención gitana y que una hija de rey cultivase relaciones con los « dos y cuarto ».

Y como aquellos razonamientos fueron dichos bajo la sombra propicia del bosque y fueron acompañados por el beso más ardiente que le habia dado su novia hasta ese entonces, declaróse Reginaldo listo á ejecutar, sin explicación ninguna, cuanto le ordenase la Reina del Aquelarre. Ella le dijo : « Esperarás en casa de Myrrha las órdenes de la Hofburg ».

Quince días habian transcurrido... quince días sin ver á Regina ni á Stella... Y llegaron las órdenes del castillo... y de nuevo entraba á la Hofburg, á la mansión sombría « donde parece que vagan el asesinato, la demencia, el suicidio y el crimen como las furias de

Hellas bajo los pórticos del palacio de Micenas (1) ».

Entró por el costado de la Fransenplatz... Una dama anciana, á quien recordó haber visto en la prisión, esperábalo en el umbral de una puertezuela baja. Hizole ella una señal y enseguida subieron ambos por una escalerilla en forma de caracol, iluminada con gas de día y de noche y denominada « la escalera de los confiteros. »

Llegaron á un largo corredor alfombrado que aun hoy se llama « el pasadizo de las doncellas. »

En todos los lugares de esa monstruosa mansión vigilaban guardas, de tal manera que aquel lugar del palacio destinado á las mujeres y donde no se oía sino el murmullo de la seda sobre la alfombra, hallábase convertido en cuartel por orden del gobernador del palacio, según las instrucciones de Riva, que se había empeñado en poblar con sombras militares los rincones más apartados de la Hofburg...

Y murmuraban ya que aquellas medidas excepcionales habían dado como primer resultado, la desaparición de la Dama Blanca.

Reginaldo, conducido por Hellen, llegó á una galería llena de puertas, en cada una de las cuales y sobre un cartón, se leían los nombres de las damas de honor.

Con gran sorpresa leyó Reginaldo su nombre en una de las puertas, lo cual le indicaba que en la Hofburg conocían su parentesco con el gran Reinaldo y que era además el único heredero del nombre ilustre. Mas ¿cómo pudieron saberlo? Nada le habían preguntado á él y pensó inmediatamente en Stella.

— Ya que así son las cosas, es porque así deben ser, pensó para su capote.

(1) Mauricio Barrès : *Amor et dolori sacrum*.

La noble y vieja dama abrió la puerta del cuarto destinado á Reginaldo y la cerró cuando éste hubo entrado.

— Por la voluntad de Stella héteme aquí viviendo en este cajón con etiqueta que es la vida de la corte, dijo en voz alta.

Miró en derredor : el cuarto era amplio aunque de techo bajo. Una gran ventana con doble celosía daba sobre el patio interior del castillo y sobre el Volkgarten, envuelto en frío y gris crepúsculo en aquella hora. Los cortinajes y muebles estaban listados de gris y blanco. El entablado del suelo estaba reluciente como espejo y casi no se podía caminar. Un biombo de seda roja ocultaba á medias la cama cubierta con pesado cobertor de seda. El conjunto era de simplicidad masjestuosa (1).

Trajéronle el baúl y un camarero anuncióle que Su Majestad tenía deseos de verle... Púsose la levita negra de rigor en aquella hora y salió apresuradamente, sin hacer ruido, por entre lacayos y camaristas murmuradores hasta llegar á un largo corredor llamado « de la emperatriz Amelia. » Esa parte del palacio da sobre la Franzenplatz iluminándola con el inmenso ojo de su reloj fulgurante entre la oscuridad; generalmente está habitada por la emperatriz y su séquito.

Una puerta secreta le dió acceso á la gran escalera de honor y de allí pasó á un piso más bajo donde se veía á un guarda de la Burg, en gran uniforme, inmóvil ante una enorme puerta de terciopelo. Tras de los cortinajes veíase un vestíbulo estilo Imperio con aquel lujo frío y desmantelado de las antecámaras princi-

(1) Me permito tomar de la obra *Elisabeth de Baviera, emperatriz de Austria*, escrita por Constantino Cristomanos y traducida al francés por Gabriel Syveton, las descripciones que hace el joven poeta Cristomanos, lector y profesor de griego de la emperatriz.

pescas » donde se le hielan á uno hasta los huesos cuando no se ha nacido con alma de lacayo. »

Varios ujieres inclináronse profundamente ante él; abriéronse las puertas como por impulso propio y hallóse de improviso en otra pieza más suntuosa aún que la anterior.

El camarero de la emperatriz, vestido de negro, salió de la puerta opuesta, hizole una profunda reverencia y desapareció enseguida por la misma puerta con el objeto de anunciarlo. Todas aquellas gentes vivían conteniendo la respiración. Abrióse la puerta de par en par sin hacer ruido alguno... Reginaldo pasó por detrás de un biombo de seda escarlata y penetró en un amplio salón iluminado profundamente.

Las paredes estaban cubiertas con sederías rojas; en derredor de los muebles dorados veíanse profundos y anchos espejos que ocupaban paredes enteras y en la mitad colgaban grandes arañas... De todo aquello exhalábase una atmósfera de pureza casi inmaterial.

Por la puerta opuesta apareció la emperatriz.

Por las paredes corrían reflejos de rojo sombrío que resbalaban sobre las molduras doradas, y se adormecían en las profundidades de los espejos; los cristales y arañas fulguraban como piedras preciosas suspendidas y la emperatriz, vestida de negro, permanecía ante él soberana de todo aquel esplendor (1). »

(1) La llegada de Reginaldo Iglitza á la Hofburg de Austrasia se presenta en condiciones tan semejantes (iba á enseñar la lengua gitana á la emperatriz Giselda) á la llegada de Constantino Cristomanos á la Hofburg de Viena (Austria) (pues iba á enseñar el griego á la emperatriz Elisabeth) que nos pareció lo más acertado copiar casi textualmente las líneas anteriores « á ese estudiantillo corfusino » que trabajaba de día y de noche en una casa triste de un barrio desierto de Viena en momentos en que, según nos cuenta Barrès « vinieron á buscarlo para conducirlo al palacio imperio. »

Inclinóse respetuosamente Reginaldo ante aquella majestad de luto, aun tan bella y que tanto había sufrido. Saludólo ella á cierta distancia primero y después díjole que se holgaba mucho viéndole en la Hofburg, pues era su deseo constante encontrar quien le enseñase la lengua gitana. El joven escuchóla sin oír, tembloroso de inmensa piedad, vibrante por la música de aquella voz armoniosamente triste. Y no podía pensar, ante aquella estatua magnífica del dolor tranquilo, sino en los dolores que la habían amenazado hasta hacer de ella la imagen perfecta de la desesperación, sin que pareciese posible que nuevas desgracias pudiesen modificarle el aspecto definitivo. Y cuando hablamos de la estatua de la desesperación no queremos evocar en forma alguna el gesto desgarrador del sufrimiento, sino la ausencia total de ese gesto. Desesperación : *falta de esperanza*. La emperatriz Giselda nó abrigaba ninguna esperanza.

Ni siquiera logró sorprenderla la última desgracia que vino á visitarla. Contaban en Viena que no había derramado una sola lágrima cuando le anunciaron la horrible muerte del Archiduque Adolfo.

Ya no tenía lágrimas y de antemano había llorado todas las desgracias. Esperaba para sí misma el último golpe y entre tanto vivía para sí únicamente en refinada elegancia de alma y de cuerpo.

Adornaba su anonadamiento con toda clase de gracias. Todo lo perdió : el amor de su esposo, lo cual fué su primer desdicha, á sus hijos é hijas y quizás su fé en Dios. Lo cual no era obstáculo para dedicarse á aprender la lengua gitana y para hacer construir en Corfú un fabuloso palacio que habría envidiado el dios Amor y donde pasearía á solas su triste y silenciosa desesperación.

Jamás exhaló una queja, mostrábase lo menos posible en las ceremonias, viajaba mucho, vivía comò hubiera podido vivir la emperatriz de la soledad (1).

Fué su último amigo Jacobo Ork. Creíalo muerto, víctima, como los demás que habían sucumbido en su derredor, del sanguinario destino de los Wolfsburg.

Fué breve la primer entrevista de Reginaldo con su imperial alumna. No ignoraba la emperatriz las excepcionales condiciones en que aceptó el joven tal profesorado y se abstuvo de hacer alusión á los últimos acontecimientos. Mas en cambio expresóse favorablemente de la raza bohemia y en especial de los gitanos que poblaban la Hungría. Emitió la halagadora opinión de que era la más noble y más antigua raza de la tierra y confesóle que desde hacía mucho tiempo deseaba familiarizarse con la lengua gitana, porque tenía la convicción de que en el vocabulario de algunas de las tribus instaladas á orillas del Danubio encontraría las primi-

(1) El epíteto lo empleó Mauricio Barrés, quien, en colaboración con Cristomanos, consagróle á la emperatriz Elisabeth algunas páginas de su obra *Amori et dolori sacrum*. Tomo de esas páginas el siguiente pasaje como prueba de que las emperatrices de la historia son tan desdichadas como las de la novela :

« Con sólo oír pronunciar el nombre de la emperatriz Elisabeth verá con sus propios ojos el lector imaginativo y sólo éste podrá recorrer las presentes líneas, un confuso conjunto de horrores en derredor de un trono tambaleante : la duquesa Sofía, hermana de la emperatriz, quemada viva en el Bazar de caridad; su cuñado, el emperador Maximiliano I^o, quemado en Querétaro; la emperatriz Carlota, su cuñada, enloquecida de dolor; su primo preferido, Luis II de Baviera, ahogado en el lago de Starnberg; su cuñado, el conde Luis de Trani, suicidado en Zurich : el archiduque Juan de Toscana (Jean Orth) abdicando sus derechos y perdiéndose en el mar; el archiduque Guillermo matado por su caballo; su sobrina, la archiduquesa Matilde, quemada viva; el archiduque Esladislao, hijo del archiduque José, muerto en una cacería; por último, su propio hijo, el príncipe heredero Rodolfo, suicidado ó asesinado en una noche de orgía cuyo espanto permaneció cubierto con un velo negro!... »

tivas palabras del lenguaje humano, pronunciadas como en los tiempos de Matusalén.

Contestóle Reginaldo que para él era un honor enseñarle el dialecto de la Puerta de Hierro, el más bello de todos y sin disputa el más antiguo de todas las lenguas gitanas, que son innumerables... El dialecto que he de enseñaros es el que hablan los *judes* que se respetan y que han recibido alguna educación. Entró el príncipe Ethel y Reginaldo comprendió que debía marcharse.

El emperador lo designó como príncipe heredero después de la muerte del Archiduque Adolfo...

Es un marino de veinte años, recién llegado de las aguas de Jonia á donde fué por orden del emperador, cuando murió envenenada la princesa María Luisa... El príncipe Ethel era hijo único de María Luisa y del príncipe Leonidas de Iliria, que murió asesinado en un tugurio de Venecia, durante una noche de carnaval. A la edad de cinco años comprometió el emperador con Tania de Carintia que sólo contaba veinte y tres meses... Y habíanse amado tan gentilmente los dos chicos que á menudo jugaban en la Hofburg, en Schönbrunn, en Trieste ó en las residencias imperiales del Tirol, que la emperatriz, que nunca perdonaba á Francisco esas uniones entre primos, generadoras de catástrofes y dramas, creadoras de monstruos, de locos ó de alucinados, accedió á la presente. Eran tan hermosos Ethel y Tania! Y se amaban tanto! Por fin vería ese milagro la Hofburg : la felicidad de aquellos dos chicuelos, el amor de dos Wolfsburg!...

Al tener conocimiento de la muerte del Archiduque Adolfo, abandonó en seguida su excursión por Oriente el oficial de marina príncipe Ethel. No lo detuvo un telegrama del emperador, enviado desde Atenas, y presentóse en los funerales del Archiduque Adolfo, lo

cual exasperó la agonía de Francisco y la intranquilidad de la emperatriz. Al día siguiente de las exequias quisieron alejarlo de nuevo, pero instó tanto y fué tal el empeño que en ello tomaron Regina y Tania que logró prolongar durante una semana su estadía en la Hofburg. En aquel momento iba á despedirse de la emperatriz.

Reginaldo, al retirarse, pudo oír estas palabras :

— Máchate, infeliz muchacho! Que no te vea yo más en esta mansión maldita.

Por la noche Reginaldo no pudo conciliar el sueño : un terrible pensamiento le torturaba la imaginación... ¿Qué diablos hacía él, Reginaldo Iglitza, el gitano de la Puerta de Hierro, el novio de la Reina del Aquelarre bajo el techo de ese vetusto palacio ensangrentado?... ¿A qué clase de trabajo se le quería destinar?... ¿Qué exigiría de él Stella?... ¿Por qué insondable misterio se tropezaron y acordaron el capricho de una princesa imperial y la voluntad de una chica bohemia... para convertirlo á él en un servidor de corte? Regina-Stella!... Siempre los dos nombres! siempre en su mente confusa la doble imagen mezclada!...

En realidad... ¿por qué se halla allí?... No experimenta la sensación de que permaneciendo en el palacio traiciona á los suyos, á su partido, á su causa...

Luego entonces traiciona á los otros... á aquellos que lo acogen .. á esa emperatriz que tan noblemente lo recibió y á quien tal vez sin saberlo, le prepara nuevas penas... Y cosa curiosa, no experimenta la sensación de que traiciona á Regina puesto que está obedeciendo á « la colchonerita »... ¿Pero qué?... Habría de volver á las andadas!

De buena gana habría visto á la princesa... pero ésta no le ha mandado llamar aún... Ahora lamenta haber exigido que le sirvieran las comidas en su cuarto... y no

puede perdonarse á sí mismo su ingénita aspereza que le hizo encerrarse en su cuarto tan pronto como salió del apartamento de la emperatriz... Apartóse conscientemente toda ocasión de ver á la princesa... Y como sufre porque no ha podido contemplar desde hace días á « la coleccionerita », parécete que encontraría un alivio en la presencia de Regina.

Encuentra insoportable la cama sobre la cual se ha tendido á medio desvestirse... Levántase!... Cuán silencioso está el palacio!... Y á pesar de eso hay guardas que custodian el jardín... mas en silencio absoluto!... Si... por todas partes... de arriba á abajo del viejo Burg hay ojos abiertos en la oscuridad espiando la oscuridad en silencio! Siente que se ahoga y abre una ventana que da sobre un patio interior del palacio... Apóyase de codos en la varanda... y oye subir el murmullo de una voz... Inclínase...

En el balcón de debajo logra divisar dos formas femeninas que se hablan en voz baja... Es tan oscura la noche y las tinieblas tan opacas que le cuesta gran trabajo seguir los movimientos de las sombras... Y de pronto, cuando ya no divisa nada absolutamente, oye perfectamente (pronunciadas por una voz que le parece ser la de la vieja y noble dama que acompañó á la prisión á Regina y á Tania) varias frases breves, y sobre todo estas palabras repetidas con vigor y desprecio: « *Kalb Tchingianés!*... *Kalb!*... *Kalb!*... *Kalb Tchingianés!*... palabras gitanas... gitanas de la propia Puerta de Hierro!...

V

EN EL PALACIO DEL EMPERADOR SE HABLA PERFECTAMENTE
LA LENGUA GITANA DURANTE LA NOCHE

Dos personas existen en el palacio imperial que hablan con soltura en lengua gitana y que la conocen tan á fondo como él, Reginaldo, y como su hermana Myrrha y que se expresan con el mismo odio con que él lo haría de los falsos hermanos, de los falsos gitanos que al volverse capitalistas se radican en las ciudades y desconocen los intereses de la raza nómada y se separan de ella. « *Kalb Tchingianés!* » (falsos gitanos!) Así se expresan los hermanos nómades de la Puerta de Hierro cuando hablan de los sedentarios que en Hungría ó en Austrasia no han titubeado en tornarse cristianos á la manera del papa con tal de hacer fortuna, ó de aquellos *Zapari* que se han convertido á la religión musulmana en los alrededores de Constantinopla.

De esos tales es preciso desconfiar y bien sabía Reginaldo que en las últimas conspiraciones había varios de esos *Kalb Tchingianés* de levita! Con cuánto odio han hablado de ellos en el balcón de abajo!

¿Cuál es ese nuevo misterio? Camareras de la empe-

matriz que hablan como auténticas socias del Aquelarre en puro gitano!

Y las escucha él, que ha sido llamado al Burg para enseñar la lengua gitana á la emperatriz.

¿A qué intriga fastástica lo han mezclado? Tiempo es ya de saber á qué atenerse. Y quizás la casualidad le ofrece una ocasión favorable.

Oye que cierran la persiana del balcón, sin titubear un instante suspéndese de la varanda y se deja caer con los pies descalzos, sin hacer ruido ninguno. La oscuridad lo envuelve y lo protege y para hacerse más invisible aún, permanece de rodillas ante la persiana momentos antes abierta. De pronto pasa un rayo de luz por entre las rendijas.

Aprovecha la claridad de la pieza y pega el ojo á una rendija de la persiana. Bien lo había adivinado! Eran Regina y Orsova! La primera escribe en un pequeño escritorio.

La pieza en que se hallan las dos mujeres es una especie de salón tocador que probablemente sirve de antecámara á la alcoba de la princesa, que distingue Reginaldo por una puerta que han dejado abierta de par en par. Esa segunda pieza está muy bien iluminada y Reginaldo puede contemplar, colgado junto al lecho, un gran retrato que no es ni el de Regina, ni el de Tania, pues representa á una mujer de más de treinta años, pero que se les parece tan extraordinariamente que no puede ser sino el retrato de su madre... y Reginaldo se vé obligado á pensar *al mismo tiempo que también es la madre de Stella!*

Inmediatamente se descorren los velos de su imaginación; no cabe la menor duda, Regina y Stella son hermanas, por lo menos de madre. La princesa real de Carintia y la pequeña Reina del Aquelarre son de la

misma cepa y ejecutan la misma labor en pro de la raza bohemia, la primera en el corazón mismo de la Hofburg y la otra al través de todos los caminos del imperio. Y reconocía el tipo gitano de esa dama de honor que tanta admiración había mostrado por él. Aunque afectara ademanes cortesianos, él reconocía á la gitana de Valaquia de duro perfil, barba saliente y cejas admirables. Todas las hijas de *Ursari* tienen el mismo tipo fosco y anguloso. Sin duda alguna su padre fué domador de osos en los Cárpatos!

Reginaldo se estremecía, conmovido por su descubrimiento. Comprendía que tamaño secreto y tan formidable aventura no se la había podido confiar Stella sin el consentimiento de Regina. Dábase cuenta de que debía servirles á ambas, á la princesa y á la bohemia, como si fuese ciego y sordo! Y resolvió empezar por abandonar todo espionaje, volviendo á su pieza y dejándose conducir como un chicuelo.

Todo eso lo pensó contemplando el retrato de hermosos ojos tristes: María Silvia, reina de Carintia!... « Es el retrato de la pobre reina loca », murmuró Reginaldo, que había oído hablar del incidente en edad poco propicia á darle importancia á las desdichas de las reinas... Y recordó vagamente haber oído decir que había sido amiga de Reinaldo Iglitza.

Cuando apartó los ojos del retrato vió con sorpresa que la joven estaba lista para salir, envuelta en un manto que la vieja dama acababa de echarle sobre los hombros... Regina calzaba botas altas con espolines de oro...

— Lleva los mismos espolines que la Reina del Aquelarre, pensó Reginaldo.

¿Mas á dónde podía encaminarse á tales horas la princesa real de Carintia? ¿Y cómo pretendía salir del

apartamento y del Burg sin que lo advirtieran?

Orsova besóla con pasión y asimismo correspondióle Regina. De pie, inmóviles, parecían escuchar las pisadas del guarda en el corredor. Luego, á una señal de Orsova, aproximóse Regina al muro izquierdo y levantando una cortina, apoyó fuertemente su manecita sobre una de las flores que ornamentaban el papel y abrióse una puerta secreta. La princesa se volvió por última vez hacia Orsova, sonrióle y desapareció por entre el hueco negro cuya puerta se cerró de nuevo. Orsova colocó en su puesto la cortina, apagó la luz de la alcoba y desapareció. En el cuarto tocador quedó una lamparilla encendida.

Olvidando sus buenas resoluciones de paciencia, de discreción y de obediencia, lamentó amargamente Reginaldo que las persianas de la ventana le impidiesen llegar hasta la puerta secreta. Con febril impaciencia empujó las persianas que se abrieron... No estaban cerradas!... Era aquella una suerte loca que impresionó su superstición gitana, la más fuerte de todas las supersticiones. El destino protector del heredero de Reginaldo había operado seguramente un milagro á menos que tal incidente se debiera que la noble y vieja dama, abstraída por sus imprecaciones contra los *Kalb Tchingianés*, hubiera olvidado pasar el cerrojo.

Una vez abierta la ventana, Reginaldo aprovechó la ocasión. Tomó la lamparilla y levantó la cortina. Ejecutó la misma maniobra que Regina y después de dejar la lamparilla en su puesto y de tomar una caja de cerillas que halló sobre la mesa, corrió al hueco oscuro. Prendió una cerilla, examinó la puerta y cercioróse de que una vez adentro podría cerrarla, y abrirla fácilmente.

Cerróla sin titubear y engolfóse entre las tinieblas; á

los pocos pasos halló unos escalones, que descendió, tendiendo el oído, pues creía oír á lo lejos el resonar de las botas de Regina, lo cual pudo ser cierto durante un momento, pero muy pronto se dió cuenta de que reinaba absoluto silencio.

Después de los escalones, encontró un corredor muy largo y embovedado por donde corrió en busca de una salida. ¿La encontraría? Y en caso de hallarla ¿estaría abierta ó cerrada?

De pronto sintió refrescársele la frente, levantó la cabeza y divisó una débil luz que formaba un cuadrado en forma de puerta. Subió unos pocos escalones, dió unos pasos más y encontróse en el interior de una iglesia que reconoció enseguida. Era la iglesia de los Agustinos. Reginaldo volvióse para ver por donde había salido.

Habiáale franqueado el paso la puerta que abrió el cincel de Canova en el sepulcro de Maria Cristina, hija de Maria Teresa!

La iglesia se hallaba desierta y mal iluminada.

Reginaldo salió de la tumba saltando por sobre la verja y caminó prudentemente tan asombrado de verse en aquella iglesia como pudiera estarlo un muerto, escapado del sepulcro, paseándose de nuevo por la mansión de los vivos...

El mismo absoluto silencio; lejos debía estar Regina! ¿No sería más cuerdo, ya que conocía aquel subterráneo, volver por pasos contados á su cuarto antes de que regresase la princesa? Pero Reginaldo no era cuerdo.

Estaba tan contento como un colegial que se ha huído por haber burlado la vigilancia de los guardas y por hallarse durante algunas horas fuera de la asfixiante atmósfera de la Hofburg.

Y además tenía ansiedad de ver á Myrrha y contarle

lo que acababa de descubrir. Fácil le sería volver al día siguiente al palacio entrando por el picadero.

Tenía orden de ir muy temprano por su jega *gitana* para llevarla á las caballerizas imperiales. « La colchonerita » le escribió suplicándole dejara á Darío en la calle del Agua del Emperador en caso de que en palacio le pidieran alguno de sus caballos.

¿Cómo podía Stella preverlo todo?... Sólo informada por Regina. Ah!... Cuántos deseos tenía de arrojarle en brazos de Myrrha y confiarle su secreto! Pensó por último que era preferible regresar al palacio en hora adecuada y decentemente vestido en vez de aventurarse á pasar de nuevo por la pieza de una princesa real en calzoncillos y camisa como se hallaba!... Si se asombraban de verle entrar á palacio y sin haberle visto salir, no tendría sino que echarle la culpa al amodorramiento de los guardas.

También pensaba encontrar en Kaiservasserstrasse á la princesa Regina.

Preciso era ante todo salir de la iglesia. Alguna puerta debía franquearle el paso á Regina y después de examinarlas todas, encontró una pequeña junto á la sacristía que no tenía pasado el cerrojo. Abrióla y salió á la calle.

Mucho tenía que caminar con los pies descalzos para llegar á su casa, pero ello no era nada para un gitano de la Puerta de Hierro cuyos antepasados han recorrido los caminos con los pies descalzos durante más de mil años!

Orientóse y rompió á correr hasta la calle del Agua del Emperador sin encontrar obstáculo alguno. Abrióle Magno sorprendido de ver llegar á su amo tan inesperadamente, pero éste no dió explicaciones y pasó inmediatamente al cuarto de Myrrha que se había des-

pertado al oír el ruido y reconocer la voz de Reginaldo.

— ¿Qué sucede? preguntóle con gran inquietud, extendiéndole los brazos.

En breves frases contóle el joven lo que acababa de presenciar. Mas ella prestaba más atención al traje que descubría sobre él con sus manos inquietas.

— Estás casi desnudo!...

Hízolo acostar enseguida y dióle una taza de té. Reginaldo quiso que despertaran á la señorita Lefébure.

— Mucho me holgara yo con ello, respondió Myrrha, pero es el caso que se ha vuelto á dormir y no hay poder humano que la despierte. Anduvimos con mucha suerte, pues no fuiste tú quien tomó la poción!...

Con efecto, era la tercera vez que la señorita Lefébure se aletargaba sin que lograran despertarla ni siquiera los solícitos y amorosos cuidados que le prodigaba el enano paralelepípedo de cinco patas.

Preguntóle á Myrrha:

— ¿Qué opinas de todo lo sucedido?

— Escucha, Reginaldo, estoy pensando en algo que tú no supiste porque eras muy niño entonces: se murmuró con insistencia que Reinaldo, recibido con frecuencia en la corte de Carintia, había sido el amante de la reina María Silvia.

— Reinaldo!... pero entonces tú crees... que Stella puede ser hija de Reinaldo?

— Ello no me sorprendería, respondió Myrrha con dulzura, porque muy á menudo he pensado porqué tú, mi hermano y más próximo pariente de Reinaldo, no has sido designado para sucederle en el cargo de Gran Coesre y porqué para vengarle si es cierto que lo asesinaron cobardemente, « los dos y cuarto », en lugar de emplearnos en la venganza nos han mantenido apar-

tados, aunque protegiéndonos?... Muchas veces, Reginaldo, cuando me hablabas de Stella pensaba yo por qué existía una Reina del Aquelarre cuando podía y debía haber un Gran Coesre!...

— Los « dos y cuarto » me nombraron *ban* de Croacia, Myrrha!

— Pero no Gran Coesre!

— Soy el jefe electo por la tribu de la Puerta de Hierro.

— Pero estás sometido á una mujer, Reginaldo.

— Porque la amo, Myrrha.

— Y porque es hija de Reinaldo... Todo se aclararía en esa forma... No solamente el poder de « la colchonerita », sino también el horrible drama apenas sospechado y que causó la locura de la reina María Silyia... y la muerte de Reinaldo Iglitza!...

— Los « dos y cuarto » deben conocer todos los detalles de esos asuntos, exclamó el joven crispando los puños... ¿Por qué no me los comunican á mí?... ¿Por qué continúan tratándome como si fuera un niño?... ¿Y á tí, hermana mía, cuyo juicio es apreciado, por qué nada te han dicho tampoco?

— Cuando murió nuestro padre, cuyas últimas palabras fueron para recomendarme obedeciera á los « dos y cuarto », estos me hicieron saber que esperaban de mí te educara en las prácticas y costumbres de la Puerta de Hierro. Cuando cumpliste doce años ya debían tener conocimiento de que había ejecutado mi promesa porque recibí orden del viejo Omar para ir á la Puerta de Hierro donde te levantaron en peso y te pasearon por todo el campamento... ¿Recuerdas, Reginaldo?

— Sí que me acuerdo, respondió el joven con orgullo.

— De entonces para acá nada he sabido yo respecto de los « dos y cuarto » que no lo sepas tú también.

— Lo que dices, Myrrha, es muy cuerdo y si Stella es hija de Reinaldo y hermana de madre de las dos princesas de Carintia, justo es que no sepa más de lo que puede saber cualquier *jude* de la Puerta de Hierro. Y no seré yo quien le arrebathe el látigo del Gran Coesre. Soy doblemente su esclavo. Lo que hicieron los « dos y cuarto » está bien hecho... Pero escúchame atentamente, Myrrha... Es de todo punto imposible que los « dos y cuarto », que velaban por nosotros, que siempre nos protegieron, que quizás me salvaron de la triste aventura en que me metí con *Kalb Tchin-gianés*... *no conozcan tu desgracia y no hayan visto cerrarse tus ojos!*... Bien lo saben ellos que nada ignoran!

— Así lo creo yo, contestó la joven con sencillez.

— Saben *quien fué* ¿me escuchas? *quién*... Y nosotros lo ignoramos! Eso es lo que yo no podré perdonarles jamás... Ya que todo lo conocen y en todas partes están, han debido verme *buscar*... desde la bodega hasta el zarzo... en todas las ciudades [por donde hemos pasado... caballero, estudiante, veterinario... en el circo... en el palacio... en el hipódromo, en el teatro, en la calle, en el establo, en la alcantarilla... *en todos los lugares donde se puede hallar á un príncipe alemán en estado de embriaguez*...

— Reginaldo!... *calla!*... *calla!*... *calla!*... *Mientras él viva, no hables del asunto!*...

Y de nuevo escuchóse el grito de odio que tuvimos ocasión de oír el día en que vimos por primera vez al hermano y á la hermana estrechamente enlazados cuando llegó « la colchonerita » y que les dió aspecto tan terrible que los muertos ojos de Myrrha lanzaban chispas y parecían haber recobrado la vida!

Minutos después dijo Reginaldo con voz apagada :

— Si los « dos y cuarto » están al corriente ¿por qué no hablan?... de eso tan sólo... y únicamente á mí que me interesa...

— Siempre he creído que esperaban á que crecieras... contestó Myrrha con dulce acento... y he aguardado con paciencia...

El joven crispó los puños y dilató el pecho :

— Crecer!... ¿Esperan acaso que cumpla cien años?... Ah! Myrrha, no se debe contar con nadie para semejante obra... debemos bastarnos á nosotros mismos... Yo solo daré con él... No se es gitano en balde... Recorreremos la tierra entera... Pienso que no he de echar raíces en la Hofburg aunque allí se hable gitano de noche como en la patria de la hospodares!

Myrrha asíólo por el brazo y díjole :

— Consentí en que fueras á la Hofburg porque abrigaba la esperanza de que *ello era preciso... Hay muchos príncipes alemanes en la Hofburg!*...

— ¿Pero crees que no me informé antes de los que allí vivían? replicó Reginaldo con voz bronca... Cuando llegué á la Hofburg era lo que menos me preocupaba, pues todos habían desfilado ya por delante del colegial Reginaldo... desde Leopoldo Fernando hasta el Príncipe Rojo!...

Reginaldo se arrojó sobre el cojín lanzando un suspiro :

— No es allí donde lo habremos de encontrar, Myrrha!...

Mas de pronto incorporóse al escuchar un ruido de galope que se acercaba por momentos...

— Es Regina!... Te aseguro que es la princesa! Antes de salir calzóse espolines de oro como Stella!... Ah! bien sabía yo que por aquí habría de encontrarla...

Viene á ver á Stella... Debe entenderse con Stella... Claro! no sería posible en otra forma!...

De un salto se asomó á la ventana... Un farol de gas colocado frente por frente á la farmacia de Málaga iluminaba la bóveda abierta en la fábrica de « la colchonerita ». No podía engañarse Reginaldo : era la princesa de la Hofburg la amazona que se acercaba á todo galope envuelta en el mismo manto que le echó sobre los hombros la noble y vieja dama, y sin embargo, cuando la vió apearse no gritó « Regina! » sino « Stella! »

— Es Stella, repitió con emoción indescriptible... Es la misma!... La Reina del Aquelarre! Regina y Stella son una sola persona!... No existe en el mundo sino una sola mujer que se desmonte del caballo en esa forma. La Reina del Aquelarre, la hija de Reinaldo y princesa real de Carintia!... Nada importa que su cabellera esta noche sea negra y tenga un mechón blanco en la frente... es Stella!... es Stella!...

Myrrha, que conocía todas las dudas y recelos de su hermano, díjole :

— ¿Has olvidado acaso que las viste á un tiempo mismo en el Prater?...

— Es cierto! exclamó Reginaldo, que continuaba mirando la calle otra vez desierta... Mas no obstante eso, siento que no me engaño!... Lo siento ¿me comprendes? como puede sentirlo un animal al reconocer á su amo...

No había terminado aún la frase cuando exclamó con alegría :

— Descubri el método de enterarme... Mañana debo conducir á Gitana á las caballerizas del emperador para darles la lección á las princesas. En vez de Gitana llevaré á Darío que no podrá engañarse y veremos

cómo acogerá á Regina y si Regina es Stella pues hace más de quince días que ésta no lo vé!... De seguro le dará *un beso*!...

Muy contento estaba Reginaldo con su inspiración y extrañábase de que Myrrha no se holgára también.

Preguntóle el motivo.

— Amigo mío, le respondió ella meneando dulcemente la cabeza, si la Reina del Aquelarre y la princesa real de Carintia son una sola persona, y nada te ha dicho Stella á ese respecto, es porque tiene alguna razón poderosa para no hacerlo. ¿Quieres sorprenderla en contradicción?... Quizás te embarcas en una aventura cuya gravedad no puedes apreciar por el momento... Prométeme que llevarás á Gitana.

Prometióselo el joven después de reconocer una vez más la cordura de su hermana.

Reginaldo y Myrrha se separaron para descansar un poco.

Y al día siguiente Reginaldo llegaba al palacio caballero en Darío.

LIBRO SEXTO

UN RINCONCITO TRANQUILO

I

« LA BURGUESA » Y « EL TÍO BAUTISTA »

Berta había dado comienzo á sus tareas en la casa burguesa á donde la colocó miss Arbury... Y nos apresuramos á consignar que no se hallaba muy contenta, pues no había logrado amañarse, según su propia familiar expresión. El niño que le habían confiado era de « carácter trabajoso ».

Y sin embargo la casa era una de las más bellas de la Annagasse, en un barrio burgués y aristocrático, y el chicuelo tenía seis años, era muy hermoso y muy bien educado. Pero Berta había perdido su buen humor natural desde que Juanillo... que prometió escribirle, no cumplía su promesa y además parecíale á Berta que la casa era demasiado aristocrática para ser burguesa y el chicuelo demasiado bien educado y demasiado hermoso. Parecía hijo de príncipe!... y le dirigía la palabra á la institutriz en forma tan correcta